

hoy comerás conmigo. Yo, que me ví á caballo, y que en aquella sarta pareciera punto menos que azotado, dixé que le aguardaria allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablára mas en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas: volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé, y comimos.

CAPITULO XI.

Del hospedage de mi tio, y visitas, y la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la Corte.

Tenia mi buen tio su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador: entramos en ella, y díxome: No es Alcazar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es apropósito para dar expediente á mis negocios. Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedia en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan baxo, que andábamos por él, como quien recibe bendiciones, con las cabezas baxas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, es-

carpias, y otras herramientas del oficio. Díxome que por qué no me quitaba el manteo, y me sentaba; y yo le respondí que no lo tenia de costumbre. ¡ Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tio! Díxome que habia tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien, y tenia convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies morada, uno de los que piden para las Animas, y haciendo són con la caxeta, dixo: Tanto me han valido á mí las Animas hoy como á tí los azotados: encaxa. Hicieronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado Animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en greguescos de lienzo, y empezó á baylar, y decir que si habia venido Clemente. Dixo mi tio que no; quando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimia de la bellota; digo un Porquero: conocílo por el (hablando con perdon) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso solo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo, y vizco, un sombrero con mas falda que un monte, y mas copa que un nogal, la espada con mas gavilanes que la caza del Rey, y un colete de ante. Traía

la cara de punto , porque á puros chirlos la tenía toda hilbanada. Entró , y sentóse , saludando á los de casa , y á mi tío le dixo : A fé , Alonso , que lo han pagado bien el Romo , y el Garroso. Saltó el de las Animas , y dixo : Quatro ducados dí yo á Frechilla , verdugo de Ocaña , porque aguijase el borrico , y no llevase la penca de tres suelas quando me palmearon el embés. Vive Dios (dixo el Corchete) que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia , porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga , y el bellacon me los asentó de manera , que no se levantaron sino ronchas. Y el Porquero comiéndose dixo : Aun están con virgo mis espaldas. A cada puerco le viene su San Martin (dixo el Demandador). Alabarme puedo yo (dixo mi buen tío) entre quantos manejan la zurriaga , que al que se me encomienda hago lo que debo : sesenta me dieron los de hoy , y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla. Yo , que ví quán honrada gente era la que hablaba con mi tío , confieso que me puse colorado , de suerte que no pude disimular la vergüenza : echómelo de ver el Corchete , y dixo : ¿ Es el padre el que padeció el otro dia , á quien se dieron ciertos empujones en el embés ? Yo dixé que no era hombre que padecía como ellos. En

esto se levantó mi tío , y dixo : Es mi sobrino , Maeso en Alcalá , gran supuesto. Pidiéronme perdon , y ofreciéronme toda su caricia. Yo rabiaba ya por comer , y cobrar mi hacienda , y huir de mi tío. Pusieron las mesas , y por una soguilla en un sombrero , como suben la limosna los de la cárcel , subieron la comida de un bodegon , que estaba á las espaldas de la casa , en unos mendrugos de platos , y retagillos de cántaros , y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento , y afrenta. Sentáronse á comer , en cabecera el Demandador , y los demas sin orden. No quiero decir lo que cominos , solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el Corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el Porquero , me las cogia al vuelo , y hacia mas razones que deciamos todos. No habia memoria de agua , y menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á quatro ; y tomando un hisopó , despues de haber quitado las ojaldres , dixeron un Responso todos , con su *requiem eternam* , por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dixo mi tío : Ya os acordais , sobrino , lo que os escribí de vuestro padre. Vinóseme á la memoria : ellos comieron ; pero yo pasé con los suelos solos , y quedéme con la costumbre ; y así siempre que como pasteles reza

una *Ave Maria* por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el Corchete, y el de las Animas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecian dedos de negro, dixo uno que para qué traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano, y asiendo una, dixo (con la voz algo áspera, y ronca, el un ojo medio acostado, y el otro nadando en mosto): Sobrino por este pan de Dios, que crió á su imagen, y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. Yo, que ví al Corchete, que alargando la mano tomó el salero, y dixo: Caliente está este caldo; y que el Porquero se llevó el puño de sal, diciendo: Bueno es el anisillo para beber, y se lo echó todo en la boca; comencé á reirme por una parte, y rabiar por otra. Traxeron caldo, y el de las Animas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: Dios bendixo la limpieza; y por subírsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abaxo que era vergüenza. El, que se vió así, fuese á levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa, que era de estas movedizas: trastornóla, y manchó á los demas. Tras esto

decia que el Porquero le habia empujado. El Porquero, que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada: asiéronse á puñadas, y estando juntos los dos, y teniéndole el Demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteracion, el Porquero vomitó quanto habia comido, en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba mas en juicio, decia, que quién habia traído á su casa tantos Clérigos. Yo, que ví que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos, y levanté al Corchete del suelo, el qual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el qual hizo cortesía á un velador de palo que tenia, pensando que era convidado. Quité el cuerno al Porquero, al qual, ya que dormían los otros, no habia hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no habia habido jamas quien supiese mas tonadas, y que él queria tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté de ellos hasta que ví que dormían. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la noche, habien-

dó pasado quatro horas, y hallé al uno despierto, y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les habia perdido la casa. Levantéle, y dexé dormir á los demas hasta las once de la noche que despertaron; y esperezándose, preguntó uno qué hora era. Respondió el Porquero (que aun no la habia desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El Demandador como pudo dixo que le diesen la capilla. Mucho han holgado las Animas para tener á su cargo mi sustento; y fuese, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo que el Cielo estaba estrellado á medio dia, y que habia un grande eclipse. Santiaguáronse todos, y besaron la tierra. Yo, que ví la bellaqueria del Demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias, y vilezas, que veía yo, ya me crecia por puntos el deseo de verme entre gente principal, y Caballeros. Despachélos á todos, uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tio, que aunque no tenia zorra, tenia raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos, y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos de esta manera la noche, y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda, y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido, y que no sabia de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho, y rústico. Al fin lo reduxe á que me diese noticia de mi hacienda (aunque no de toda), y así me la dió de unos treientos ducados, que mi buen padre habia ganado por sus puños, y dexádoslos en confianza de una buena muger, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á V. md. digo que cobré, y embolsé mi dinero, el qual mi tio no habia bebido, ni gastado, que fue harto, para ser hombre de tan poca razon, porque pensaba que yo me graduaria con esto, y que estudiando podria ser Cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenia por dificultoso. Díxome, en viendo que los tenia: Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras, y eres bueno, pues tienes á quien parecer: dinero llevas: yo no te he de faltar, que quanto sirvo, y quanto tengo, para tí lo quiero. Agradecíle mucho la oferta: gastamos el dia en pláticas desatinadas, y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio, el

Porquero, y Demandador: este jugaba Misas, como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba, cogiéndola en el ayre al que la echaba, y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba, como de naype, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche, ellos se fueron, y acostámonos mi tio, y yo, cada uno en su cama, que ya habia prevenido para mí un colchon. Amaneció; y antes que él despertase yo me levanté, y me fui á una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera. Como he dicho, me fui á un meson á esconder, y aguardar comodidad para ir á la Corte. Dexéle en el aposento una carta cerrada, que contenia mi ida, y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no le habia de ver.

CAPITULO XII.

De mi huida y los sucesos en ella hasta la Corte.

Partia aquella mañana del meson un Arriero con cargas á la Corte: llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del Lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, ginete de gaznates. Consideraba yo que iba á la Corte, donde nadie me conocia (que era la cosa que mas me consolaba), y que habia de valerme por mi industria, y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tio hacia, ofendido con la carta, que decia en esta forma:

CARTA.

Señor Alonso Ramplon, tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante á mi buen padre, y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que ha-

rá humo , no me faltaba sino ver hacer en V. md. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linage , que dos es imposible, si no vengo á sus manos , y trinchándome , como hace á otros. No pregunte por mí , que me importa negar la sangre que tenemos : sirva al Rey , y á Dios.

No hay que encarecer las blasfemias , y oprobrios que diria contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha , y bien deseoso de no topar á nadie , quando desde lexos ví venir un Hidalgo de portante , con su capa puesta , espada ceñida , calzas atacadas , y botas , y al parecer bien puesto ; el cuello abierto , y el sombrero de lado. Sospeché que era algun Caballero que dexaba atras su coche ; y así emparejando le saludé. Miróme , y dixo : Irá V. md. Señor Licenciado , en ese borrico con harto mas descanso que yo con todo mi aparato. Yo , que entendí que lo decia por coche , y criados que dexaba atras , dixe : En verdad , Señor , que lo tengo por mas apacible caminar que el del coche ; porque (aunque V. md. vendrá en el que trae detras con regalo) aquellos vuelcos que dá inquietan. ¿ Quál coche detras ? dixo él muy alborotado ; y al volver atras , como hizo fuerza , se le cayéron las

calzas , porque se le rompió una abujeta que traía , la qual era tan sola , que tras verme tan muerto de risa de verle , me pidió una prestada. Yo , que ví que de la camisa no se veía sino una ceja , y que traía tapado el rabo , de medio ojo le dixe : Por Dios (Señor) que si V. md. no aguarda á sus criados , yo no puedo socorrerle , porque vengo atacado únicamente. Si hace V. md. burla , (dixo él con las cachondas en la mano) vaya ; porque no entiendo eso de los criados ; y aclaróseme tanto en materia de ser pobre , que me confesó á media legua que anduvimos , que si no le hacia merced de dexarle subir en el borrico un rato , no le era posible pasar á la Corte , por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Movido á compasion me apeé ; y como él no podia sacar las calzas , húbele yo de subir , y espantóme lo que descubrí en el tocamiento , porque por la parte de atras , que cubria la capa , traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El , que sintió lo que habia visto , como discreto se previno diciendo : Señor Licenciado , no es oro todo lo que reluce : debióle parecer á V. md. en viendo el cuello abierto , y mi presencia , que era un Conde de Irlas. Como de estos ojaldres cubren en el mundo lo que V. md. ha tentado.

Yo le dixé que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veía. Pues aun no ha visto V. md. nada (replicó); que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí V. md. un Hidalgo hecho, y derecho, de Casa, y Solar Montañés, que si como sustento la nobleza, me sustentára, no hubiera mas que pedir; pero ya, Señor Licenciado, sin pan, ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser Hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de executorias, despues que hallándome en ayunas un dia, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas, por decir que no tienen letras de oro; pero mas valiera el oro en las pildoras que en las letras, y de mas provecho es, y con todo hay muy pocas letras con oro. He venido hasta mi sepultura, por no tener sobre que caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza: solo el Don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendon, hazadon, podon, baldon,

bordon, y otros así. Confieso que aunque iban mezcladas con risa las calamidades del dicho Hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba, y adónde iba, y á qué? Dixo todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan. No se vió jamas nombre tan campanudo, porque acababa en dan, y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dixo que iba á la Corte, porque un Mayorazgo raído, como él en un Pueblo corto, olia mal á dos dias, y no se podia sustentar; y que por eso se iba á la patria comun, adonde caben todos, y donde hay mesas francas para estómagos aventureros: y nunca quando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado, porque la industria en la Corte es piedra filosofal, que vuelve en oro lo que toca. Yo ví el Cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo, y con quiénes viven en la Corte los que no tenían como él, porque me parecia dificultoso; que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. Muchos hay de esos (hijo), y muchos de estotros: es la llave llave maestra, que abre á todas volunta-

des en tales Pueblos ; y porque no se te haga dificultoso lo que digo , oye mis sucesos , y mis trazas , y te asegurarán de esta duda.

CAPITULO XIII.

En que el Hidalgo prosigue el camino , y lo prometido de su vida , y costumbres.

Lo primero has de saber que en la Corte hay siempre el mas necio , y el mas rico , y mas pobre , y los extremos de todas las cosas : que disimula malos , y esconde los buenos , y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raiz , ni mueble , ni otra cosa de la que decienden los tales : entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres : unos nos llamamos Caballeros ebenes : otros güeros , chanflones , chirles , traspillados , y caninos : es nuestra abogada la industria : pasamos las mas veces los estómagos de vacío ; que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas : somos susto de los banqueres , polilla de los bodegones , y convidados por fuerza : sustentámonos así del ayre , y andamos contentos : somos gente que comemos un puerro , y representamos un

capon. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas , y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero , y aves , y mondaduras de frutas : la puerta embarazada con plumas , y pellejos de gazapos ; todo lo qual cogemos de parte de noche por el Pueblo , para honrarnos con ello de dia , y reñimos en entrando al huesped : ¿ Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza ? Perdóneme V. md. que han comido aquí unos amigos , y esos criados , &c. Quien no nos conoce cree que es así , y pasa por convite . ¿ Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas ? En hablando á uno media vez , sabemos su casa , y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) : decimos que nos llevan sus amores , porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido , si ellos no han empezado , decimos que no : si nos convidan , no aguardamos al segundo envite , porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigiliass : si han empezado , decimos que sí ; y aunque parta muy bien el ave , pan , ó carne , ó lo que fuere , para tomar ocasion de engullir un bocado , decimos : Ahora dexe V. md. que le quiero servir de Maestresala ; que solia , Dios le tenga en el Cielo (y nombramos un Señor

muerto, Duque, ó Conde), gustar mas de verme partir, que de comer. Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: ¡O qué bien huele! Ciertos que haria agravio á la guisandera en no probarlo: ¿qué buena mano tiene! Y diciendo, y haciendo, vá en prueba el medio plato: el nabo por ser nabo: el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Quando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun Convento aplazada: no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los Frayles que es mas devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despavila las velas, trae orinales, cómo mete naypes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria, para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos; que como tenemos por enemigo declarado al Sol, por quanto nos descubre los remiendos, puntadas, y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos, y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tixereras las hace-

mos la barba á las calzas: y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atras para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de dias de ayre, y de subir por escaleras claras, ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en dia claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanage. No hay cosa en todos nuestros cuerpos, que no haya sido otra cosa, y no tenga historia. Verbi gratia, bien vé V. md. esta ropilla: pues primero fue greguescos, nieta de una capa, y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido tohallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en papel escribimos, y despues hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se veán los ferreruelos calvos, y las ropillas lámpiñas? que no hay mas pelo en

ellas que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en Barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayudados como buenos hermanos*; y tenemos cuenta no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en zelo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla, ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesias porque nos vean todos, y hablando á los amigos, y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas Damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un Soldado atravesado desde tal parte: señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas: Si es en la Iglesia, y come en el pecho, nos damos Sanctus, aunque sea en el Introito: levantámonos, y arrimándonos á una

esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamas se halla verdad en nuestra boca: encaxamos Duques, y Condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales Señores, ó están muertos, ó muy leños; y lo que mas es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pape lucrando*, que ve da la orden de Damas melindrosas, por lindas que sean; y así siempre andamos en requesta con una bodegonera por la comida, con la huéspedá por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco, y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas por su tanda, todas están contentas. Quien vé estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballerás en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un Caballero (Señor Licenciado); pero cuello abierto, y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona; y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustentó, porque se ceba el hombre en almidon, chupándole con destreza. Y al fin, Señor Licenciado, un Caballero de nosotros ha de tener mas faltas que una

preñada de nueve meses, y con esto vive en la Corte. Ya se vé en prosperidad, y con dineros, y ya se vé en el Hospital; pero en fin se vive, y el que se sabe bandear es Rey, con poco que tenga. Tanto gusté de las estrañas maneras de vivir del Hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas, y con otras, me llegué á pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho Hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos: abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la Corte con los demas Cofrades del Estafon), y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los quales bastaron, con la buena obra que le habia hecho, y hacia, á obligarle á mi amistad. Compréle del huesped tres abujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPITULO XIV.

De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué hasta que anoheció.

A las diez de la mañana entramos en la Corte: fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de Don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó: abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada, y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, mas rairda que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo qual resultó darme un abrazo, y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la qual (diciendo que era licencia para pedir para una pobre) los habia allegado: vació el guante, y sacó otro, y doblólos á usanza de Médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía; y dixo, que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté